

## EPÍLOGO

*Salvador Mas*

Goethe y Friedrich August Wolf se conocían y apreciaban mutuamente, ¿mas qué tiene que ver el *Aquiles* del primero, su intento de poetizar según el espíritu de la *Iliada*, con los *Prolegomena ad Homerum* del segundo? Hölderlin vive y escribe a la sombra de los antiguos dioses fugitivos y muy poco después Boeckh inicia en la Academia de Berlín la monumental colección del *Corpus Inscriptionum*.<sup>1</sup> En la fascinación por la Antigüedad siempre ha habido «dos almas», por decirlo con el *Fausto*, y en las fechas que interesan en estas páginas una y otra se reúnen en un solo pecho. Werner Jaeger, lo recordaba más arriba, lo señaló a propósito de Wilamowitz; también Arnaldo Momigliano: «De un lado la riqueza inagotable de las propuestas de interpretación puntual. De otro, una violenta y apasionada referencia de las interpretaciones a un orden político, social, cultural o incluso estrictamente religioso».<sup>2</sup> La carta de Friedländer a Wilamowitz expresa esta tensión en un nivel diríase existencial y también en Jaeger confluyen dos comprensiones o dos lecturas del Mundo Clásico, la de los filólogos e historiadores, esa línea que arrancarí­a de Friedrich August Wolf y que pasando por Schleiermacher, Niebuhr, Boeck, Karl Otfried Müller, Droysen y Mommsen desembocarí­a en Wilamowitz, y la de los filósofos y poetas: Goethe, Schiller, Hölderlin, Nietzsche, incluso Stefan George. Dificiles equilibrios entre diferentes lecturas del Mundo Clásico que se reflejan entre sí.

---

<sup>1</sup> Cfr. Hölscher (1965 a: 11-12).

<sup>2</sup> Momigliano (1980: 348).

¿Qué es o qué puede ser el Mundo Clásico además de un conjunto de textos que los filólogos deben editar con mayor o menor rigor y pericia o de un periodo histórico que los historiadores pueden reconstruir con mayor o menor fortuna? Y más allá de ser un objeto de disquisiciones técnicas al alcance de pocos (y de estos todavía menos en función de la especialización académica), ¿será un vago ideal de equilibrio y mesura o, tanto da ahora, de embriagador raptodionisiaco, esto es, un conjunto de vaporosos ideologemas susceptibles de empleo en los más diversos contextos y con las más diferentes intenciones, entre unos y otras los que el lector habrá encontrado en estas páginas? Por lo demás: quitando la retórica, o cambiando una por otra, muchos de los textos aquí recogidos pueden incluso «sonar» modernos, pues tocan cuestiones de candente actualidad: ¿quién no lamentaría la pérdida del legado de la cultura clásica y el avance de un mundo crecientemente técnico y deshumanizado? ¿Quién no desearía aprovechar tal legado para las necesidades del presente? ¿Se trata solo de retórica? Para intentar responder a estas cuestiones (sin demasiado éxito, debo reconocer) emprendí el presente trabajo.

La cultura alemana del siglo XIX y de la primera mitad del XX es un lugar privilegiado para plantear estas cuestiones, al menos por dos razones. De un lado, desde luego, por la infinidad de investigaciones, de enorme calidad la mayoría de ellas, que por aquel entonces se elaboraron sobre la Antigüedad; de manera irremediable, por suerte o por desgracia, entre nosotros y Grecia y Roma se yergue toda esta tarea de erudición (en el mejor sentido de la palabra), pero también la fina sensibilidad estética, ética y política con la que aquellos alemanes se enfrentaron al legado clásico. De otro lado, pero no menos importante, por la autocomprensión intelectual y cultural que surgió de este trabajo con la Antigüedad y que a su vez retroalimentó tal trabajo con la Antigüedad. Muchos de los textos recogidos en esta antología señalan la esencial vinculación entre Grecia y Alemania, una idea que debe retrotraerse al menos al primer clasicismo y que es fundamental en el desarrollo del clasicismo alemán, porque, en efecto, no toda la Antigüedad es clásica o no toda la Antigüedad es por igual clásica: el clasicismo es a fin de cuentas el proceso en virtud del cual

generaciones futuras reconocen y admiten como clásicos determinados productos del pasado: un camino de ida y vuelta. O como dice James I. Porter: «Classicism involves identifying with the past in the future perfect».<sup>3</sup>

En la construcción de la Antigüedad hay implicadas diferentes temporalidades y entre ellas, por lo que interesa en estos momentos, esa que anula el tiempo y la historia: más allá uno y otra, del tiempo y de la historia, existe una esencial hermandad entre Grecia y Alemania. Si se acepta la tesis de tal continuidad, aun en sus versiones más débiles y asépticas (*v. g.* por las razones que sean, los alemanes dedicaron mucho tiempo y muchos esfuerzos al estudio y la comprensión del Mundo Clásico, por lo que no debe sorprender que tal estudio y comprensión tuviera efectos en su autoconcepción cultural), se plantea indefectiblemente la cuestión de si el nacionalsocialismo culmina a modo de consecuencia más o menos inevitable la recepción alemana del legado clásico o si, por el contrario, la traiciona en su ser más íntimo (como insinúa Hannah Arendt y me ha recordado la profesora Estela García). El problema se desplaza, pues al igual que nosotros nos planteamos la cuestión anterior cabe que alguien se pregunte por el sentido y el alcance de la cuestión que nosotros, en efecto, planteamos, y así sucesivamente. Consumimos pasado o como «turistas» o como «nacionalistas». Los primeros, escribe Antonio Gómez Ramos, devoran pasados acabados y soñados, «huellas de algo terminado y despedido, pero hábilmente conservado, incluso reconstruido por especialistas gracias a la técnica presente»; en los segundos «es el recuerdo reiterado de que hubo un pasado ahora perdido lo que termina por otorgar la identidad misma».<sup>4</sup> Parece claro que los alemanes que importan en estas páginas, por lo general y en la medida en que con razón o sin ella (cuestión esta en estos momentos secundaria) se sintieron herederos directos de Grecia, visitaron el pasado clásico en calidad de nacional(so-cial)istas. ¿Cómo vemos nosotros la visita alemana al Mundo Clásico?, ¿en calidad de turistas o de nacionalistas?

<sup>3</sup> Porter (2005: 48 y ss.).

<sup>4</sup> Gómez Ramos (2002: 77-79).

El pasado se dilata, la memoria «se satura». <sup>5</sup> Y a este respecto puede acudirse a la cuestión de las responsabilidades morales para intentar estrecharlo. Otro consumidor, pues, del pasado: quien lo visita para horrorizarse, condenarlo y extraer del horror y la condena lecciones para el presente y para el futuro; o para intentar justificarlo de algún modo. Por lo demás, con respecto a la cuestión de las «responsabilidades morales», en muchos casos todo depende de aceptar o no la tesis de Lukács: que la responsabilidad acontece al margen de la voluntad y las intenciones: «no puede alegarse en descargo de Spengler o de Stefan George, como precursores ideológicos de Hitler, el que sus doctrinas no correspondiesen enteramente a los gustos personales del «nacionalsocialismo» ya instaurado». <sup>6</sup> Lukács también menciona a los hermanos Mann y Thomas, que siente «próximo a su corazón» a un «comunista» que conoce bien a «Raabe, Keller o Fontane», Thomas Mann, decía, reinterpreta la tesis de Lukács y habla de la novela *El súbdito* de Heinrich y de su *La muerte en Venecia*, en general de los escritores y filósofos, como «sismógrafos», como individuos que sin tener un conocimiento claro y distinto son capaces sin embargo de detectar y expresar de manera intuitiva las tendencias de una época. <sup>7</sup> Algo parecido podía decirse de muchos de los textos recogidos en esta antología. Victor Ehrenberg, judío exiliado en Londres desde 1935, lo ve de una manera más piadosa y menos cínica, acaso siguiendo la máxima spinoziana «Humanas acciones no ridere, nec lugere, neque detestari sed intelligere»: «Vogt —escribe— no quedó al margen de las fuerzas que por aquel entonces dominaban Alemania. Pero era católico y humanista, y un hombre recto; esto le ayudó a mantener su actitud científica y tras la guerra pudimos reanudar nuestra amistad con buena conciencia». <sup>8</sup> «Now it will be best to let all this sink into oblivion», afirmó en 1958. <sup>9</sup>

---

<sup>5</sup> Robin (1982 a y b).

<sup>6</sup> Lukács (1976: 27).

<sup>7</sup> Mann (1968 I: 159).

<sup>8</sup> Cit. por Königs (1995: 71).

<sup>9</sup> Ehrenberg (1958: 156).

Está claro, en todo caso, que la Antigüedad sirvió para construir un sujeto totalitario y para interpretar la revolución nacionalsocialista; ¿Hasta qué punto puede decirse que este uso es ilegítimo o que fuerza el Mundo Clásico hasta hacerlo irreconocible? Dicho de otra manera: el tiempo y la historia tienen usos públicos y políticos, nadie lo duda, pero ¿pueden distinguirse con claridad entre usos públicos y políticos de la historia manipulados y manipuladores y usos libres de este pecado? En *Los orígenes del totalitarismo* Hannah Arendt entiende que el fascismo supone la construcción de un mundo ficticio. Si se acepta esta tesis podría añadirse que tal ficción no solo atañe al presente, sino también a la relación con el pasado. Ya en una fecha tan temprana como 1944 Gerhard Ritter habla de «falsificación». <sup>10</sup> Johannes Irmscher emplea la misma expresión, «falsificación fascista». <sup>11</sup> Alexander Demandt, por su parte, señala que renombrados arqueólogos, filólogos e historiadores de la Antigüedad descubrieron una especie de «armonía preestablecida» entre sus respectivas disciplinas y la línea oficial de pensamiento del Partido, de forma y manera que comenzaron a interpretar la Antigüedad en función de las necesidades ideológicas del nacionalsocialismo; el resultado, señala, fue «grotesco»; sobre la visión de Hitler de la Antigüedad no duda en hablar de «clichés». <sup>12</sup> Luciano Canfora se refiere a la «usurpación nacionalsocialista de Platón» <sup>13</sup> y Johann Chapoutot a la «anexión» de la Antigüedad. <sup>14</sup> A propósito del caso concreto de Esparta, Karl Christ habla de «deformaciones nacionalsocialistas»; <sup>15</sup> el mismo estudioso se refiere amargamente a la «amarga tragedia» de que «defensores de una tradición enteramente humanista quisieran salvar sus posiciones mediante compromisos y una colaboración constructiva con un sistema inhu-

---

<sup>10</sup> Ritter (1947).

<sup>11</sup> Irmscher (1980).

<sup>12</sup> Demandt (2002: 287-288).

<sup>13</sup> Canfora (1987: 140).

<sup>14</sup> Chapoutot (2008: «Première partie: L'annexion de l'Antiquité»).

<sup>15</sup> Christ (1986: 63).

mano». <sup>16</sup> Hans-Georg Gadamer considera que en aquellos desdichados años la filología clásica y la filosofía antigua eran «zonas de retaguardia»; <sup>17</sup> parece ser, sin embargo, que muchos estudiosos y amantes de la Antigüedad no se resignaron a desempeñar un papel secundario. <sup>18</sup>

Al margen de que muchas de las tesis defendidas después de 1933 ya lo fueron antes, cuando en sentido estricto todavía no había un sistema inhumano con el que colaborar, las anteriores afirmaciones implican que cabe distinguir entre una ciencia auténtica de la Antigüedad y otra politizable o politizada. Gadamer, por ejemplo, considera «absolutamente legítimos» los intereses científicos por la raza de Oskar Becker: al fin y al cabo árabes, hindúes, chinos o japoneses son diferentes y «todos estos círculos culturales tienen fundamentos raciales». <sup>19</sup> Es decir, de la legitimidad *científica* de la investigación de las razas no se sigue su legitimidad *política*: tal paso fatal e indebido lo dieron muchos (pero no todos) los investigadores de la Antigüedad de la época del nacionalsocialismo. Pero el problema, creo, no es la verdad o la falta de verdad histórica y filológica, sino la función social e ideológica de las «falsificaciones», «usurpaciones», «clichés», «deformaciones» y «anexiones». Las ciencias del espíritu proceden siempre y necesariamente de manera selectiva; el problema no está aquí, sino en el principio de selección escogido. No es fácil distinguir entre ciencia pura y ciencia contaminada ideológicamente. <sup>20</sup> Sin embargo...

Helmut Berve, sin embargo, escribe a la vez textos rigurosamente nacionalsocialistas y textos, digámoslo así, objetivos y científicos; in-

<sup>16</sup> Christ (1982: 205).

<sup>17</sup> Gadamer (1990: 549).

<sup>18</sup> De acuerdo con Teresa Orozco Martínez, tampoco Gadamer, que, según la estudiosa mexicana, no de manera directa, pero sí indirecta (mediante el «recurso hermenéutico de la alusión»), puso sus interpretaciones de Platón al servicio de la ideología nacionalsocialista (1995 y 2004).

<sup>19</sup> Gadamer (1990: 546). Karl Löwith ofrece otra visión, más matizada, del «Dr. B[ecker]» (1993: 67-71: «El camino desandado del Dr. B.»).

<sup>20</sup> Cfr. a este respecto el esclarecedor planteamiento general de Klingemann (2009: 1.6.4: «Wissenschaft oder Weltanschauung?»).

cluso dentro de un mismo artículo puede leerse una argumentación estrictamente atendida a los datos y las fuentes acompañada sin embargo con una conclusión, o una glosa, marcadamente racista.<sup>21</sup> «Las cosas no son tan sencillas como para decir sin más que todo lo positivo es indogermánico o nórdico mientras que todo lo demás forma parte de la raza mediterránea», afirma con ponderación en «Antike und nationalsozialistischer Staat», que es lo que su título indica: una reconstrucción de ciertos aspectos de la Antigüedad en orden a elaborar una apología del Estado nacionalsocialista. Afirmaciones cautas y comedidas pueden leerse en su ensayo sobre Esparta, lo cual no quita para que este mismo texto culmine en una brutal apología de la pureza racial de los espartiatas. Berve, cabe concluir, sabía qué estaba haciendo, era consciente de que una cosa eran sus trabajos científicos y otra su compromiso ideológico. Berve era miembro del NSDAP desde abril de 1933 y firmó el «Bekanntnis der Professoren an den deutschen Universitäten und Hochschulen zu Adolf Hitler und dem nationalsozialistischen Staat»;<sup>22</sup> en Berve (por ejemplo en el artículo más arriba citado) se leen afirmaciones claramente racistas y encendidas reverencias al *Führer*,<sup>23</sup> lo cual no quita para que desde instancias oficiales, «a pesar de sus esfuerzos por trabajar en su ámbito científico en una dirección nacionalsocialista», pudiera ser visto como representante «de una concepción de la historia aisladora, que hoy en día vemos como herencia de una época liberal ya superada»: sus trabajos son «weltanschaulichlich nicht eindeutig und klar», no están claros ni son unívocos desde el punto de vista de la visión del mundo.<sup>24</sup>

Volker Losemann cita una carta manuscrita de Schachermeyr a Fritz Taeger del 11 de diciembre de 1933 (una fecha en la que no cabe pensar en apresuradas y más o menos forzadas retractaciones) en la que afirma que sus artículos «Die nordische Führerpersönlich-

<sup>21</sup> Christ (1982: 196). También Dietz (1984: 269).

<sup>22</sup> Datos y referencias en Schönwalder: (1992: 24 y 40).

<sup>23</sup> Cfr. Berve (1934: 268).

<sup>24</sup> Tomo las referencias de Losemann (1977: 80).

keit im Altertum» y «Die Aufgaben der Alten Geschichte im Rahmen der nordischen Weltgeschichte», estrictamente nacionalsocialistas, están escritos «por deseo del editor» y que no están dirigidos tanto «a los colegas en la investigación» cuanto al «gobierno» y sugiere que en realidad se trata de textos de circunstancias para favorecer la inserción de la materia «historia antigua» en el marco de la política cultural del Tercer Reich.<sup>25</sup> No se vende, o se adapta, o se somete, o se adecua, o se acomoda (dígase como se quiera) la materia, sino la persona, lo cual vendría a sugerir que aquella, la disciplina como tal, conserva al menos un núcleo que no por necesidad tiene que ser ideologizado o que cuando es ideologizado deja automáticamente de ser ciencia. Pero las cosas son más complicadas de lo que parece a primera vista.

La contraposición Roma/Cartago, señala Losemann, era un tema muy querido por Hitler; además, desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial se desarrolló una curiosa disputa entre Inglaterra y Alemania acerca de la división de papeles, esto es, sobre quién en esta guerra era Roma y quién Cartago.<sup>26</sup> Por eso, editar un libro sobre Roma y Cartago, como hizo Vogt en 1943,<sup>27</sup> era ya un acto político, no solo (que también) por el prólogo, del mismo Vogt, significativamente titulado «Unsere Fragestellung», donde se explica que «Roma y Cartago son nombres históricos que se han convertido en conceptos fijos, en fórmulas para designar un odio entre pueblos y una guerra de aniquilación abismales» y donde se plantea el siguiente reto para la «investigación actual»:

¿Estuvo este conflicto de tan graves consecuencias determinado por la herencia de la sangre de los pueblos, así pues, por el hecho de que la Roma esencialmente nórdica se opuso al mundo de Cartago, cuyo carácter ajeno se desprende de la estructura racial del mundo púnico? ¿Y cómo influyó este factor de la oposición racial en la construcción del Estado y en la economía, en la diplomacia y en la conducción de la guerra,

---

<sup>25</sup> Losemann (1977: 47-48).

<sup>26</sup> Sobre estas cuestiones, Losemann (1977: 113 y 19).

<sup>27</sup> Vogt (1943: citas del «Prólogo», pp. 5 y 7).

en la religión y en el arte y en la conciencia histórica? En ocasiones se escuchan sobre estas cuestiones juicios apresurados. Pero ya el hecho de que la política y la conducción de la guerra llevadas a cabo por Aníbal sean caracterizadas tan pronto como incompatibles con la esencia cartaginesa, tan pronto como auténticamente semíticas, muestra suficientemente que la aclaración de esta tarea constituye una tarea urgente de la ciencia histórica.

En realidad, solo Fritz Sachermejr recoge y acepta de manera explícita tal reto intelectual.<sup>28</sup> Parece, pues, que la razón asiste a Karl Christ (discípulo de Vogt, maestro de Losemann, gran historiador de Roma y de la historia de la historiografía de Roma que nunca temió enfrentarse a estas espinosas cuestiones) cuando señala con alegría que más de la mitad de las contribuciones a este volumen están libres de los rutinarios formalismos nacionalsocialistas y que, aquí y allá, aparecen lugares que se atreven a dudar de la pertinencia de pensar la historia antigua desde categorías raciales.<sup>29</sup> Hans Oppermann señala la misma circunstancia, pero con pesar, a propósito del volumen colectivo, editado por Berve, *Das neue Bild der Antike*:

... la imagen resultante no es unitaria. Junto a ensayos que han nacido por entero del espíritu de nuestra época, hay otros todavía fuertemente deudores de la época historicista-positivista de la ciencia [...] En *Das neue Bild der Antike* está poco presente la investigación racial de la Antigüedad.<sup>30</sup>

Christ ejemplifica con la contribución de Matthias Gelzer,<sup>31</sup> que en la página 201 de su artículo dice: «La guerra romano-cartaginense se desarrolló a partir de una oposición puramente política y de lucha por el poder [...] La raza de ambos contendientes no jugó a este res-

---

<sup>28</sup> Sachermejr (1943).

<sup>29</sup> Christ (1982: 163). Cfr. los comentarios de Warnke (1988: 554) sobre Christ.

<sup>30</sup> En este vol., p. 413.

<sup>31</sup> Gelzer (1943).

pecto ni el más mínimo papel». En la página siguiente, sin embargo, habla de la «dificultad de entenderse recíprocamente», cuya explicación debe buscarse «en la diversidad racial».

En general, los textos más directa, explícita y propagandísticamente nacionalsocialistas reposan en los anaqueles de bibliotecas y archivos, pero otros menos inmediatamente connotados han sido reeditados con algunas, ligeras, modificaciones en la dirección que el lector puede fácilmente suponer. Pero si esto es así, también a la inversa, como si se tratara de una variante de la «caza del nazi enmascarado»: no es extraño que los investigadores que se dedican a estas cuestiones ofrezcan, de un texto de treinta o cuarenta páginas, tres o cuatro breves citas que expresan ideas que el lector puede suponer con igual facilidad. Ambos fenómenos se dan la mano: la redención del investigador puro y objetivo (que por la fatalidad del destino, las adversas circunstancias o un miedo y una debilidad comprensibles deja caer aquí y allá comprometidas observaciones) y el desenmascaramiento del supuesto investigador puro y objetivo (que no lo es pues aquí y allá deja caer comprometidas observaciones). Lo que Kurt Tucholsky afirmó irónicamente sobre Nietzsche, a saber: «Dime qué necesitas y te proporcionaré para ello una cita de Nietzsche [...] A favor de Alemania y en contra de Alemania, a favor de la paz y en contra de la paz, a favor de la literatura y en contra de la literatura; lo que usted desee»,<sup>32</sup> tal afirmación, y no por azar, vale igualmente para la Antigüedad y también en cierto sentido para las lecturas que se hicieron de la Antigüedad en la Alemania de la primera mitad del siglo XX, incluso para las interpretaciones que desde entonces se vienen haciendo de estas lecturas.

¿Cometió Werner Jaeger un lamentable error al publicar su artículo «La educación del hombre político y la Antigüedad» en la revista, expresamente nacionalsocialista, de Ernst Krieck *Volk im Werden*? ¿Por qué no recogió este texto en la segunda edición de sus *Humanistische Reden und Vorträge*? Pues con solo censurar dos breves frases (las por aquel entonces muy habituales adulaciones al *Führer*) este

---

<sup>32</sup> Tucholsky (1960: 10-11).

texto no es ni más ni menos nacionalsocialista que otros que Jaeger sí reeditó. ¿Habría sido menos ideológico de haber sido publicado en otra revista menos connotada ideológicamente? Es cierto que este artículo es de 1933, pero también lo es que aunque Jaeger escribió los dos segundos volúmenes de su *Paideia* ya en los Estados Unidos estos no suponen ninguna ruptura con su pensamiento anterior: el segundo de ellos fue incluso publicado en Berlín en 1944.<sup>33</sup> El problema no es el supuesto abuso de la ciencia, sino la misma disponibilidad de la ciencia en tanto que ciencia.

O por ver las cosas desde el otro lado, esto es, de la mano de los autores de los tres primeros textos recogidos en esta antología, críticos con el nacionalsocialismo. Beat Näf entiende que Victor Ehrenberg ejemplifica que la historia antigua en modo alguno estaba encaminada necesariamente hacia el nacionalsocialismo: aún «en el marco del paradigma entonces dominante», los historiadores tenían suficiente libertad «para proteger sus trabajos frente a los abusos nacionalsocialistas».<sup>34</sup> Judío y liberal, Ehrenberg en modo alguno era un izquierdista radical<sup>35</sup> y sus trabajos, en efecto, se sitúan con comodidad «en el marco del paradigma entonces dominante», hasta el punto de que Hans Volkmann, desde posiciones estrictamente nacionalsocialistas, consideraba que los estudios de Ehrenberg sobre la esencia de la *pólis* constituían una contribución intelectual a la construcción del nuevo Estado. Näf, sin embargo, ve aquí «un malentendido», «una equivocación»,<sup>36</sup> a pesar del encendido artículo sobre «Esparta» para la *RE* o de que Ehrenberg (como, insisto, pedía «paradigma entonces dominante») valorara muy negativamente la evolución del mundo griego en el siglo IV, lamentara profundamente la «descomposición de la forma estatal y vital» de la *pólis* clásica y la separación del individuo de las «vinculaciones religiosas y espirituales» de su co-

---

<sup>33</sup> Cfr. Ludwig (1986: 225).

<sup>34</sup> Näf (1986: 231).

<sup>35</sup> Sobre las posiciones políticas de Ehrenberg: Audring, Hoffmann y Ungern-Sternberg (1990: 32-33). Christ (1991: 74 y ss.).

<sup>36</sup> Näf (1986: 235).

munidad y contrapusiera este mundo decadente al de Macedonia, donde dominaba un «despreocupado poder nórdico».<sup>37</sup> O sea, el «paradigma entonces dominante» apuntaba o favorecía un «posible uso de la historia a favor del nacionalsocialismo»,<sup>38</sup> algunos textos de Ehrenberg son susceptibles de tal uso y, sin embargo y a la vez, ejemplifican la posibilidad de sustraerse a los abusos nacionalsocialistas. En modo alguno es necesario dar el paso, pero el interés por la Grecia y la Roma más arcaicas, esa Grecia todavía no orientalizada y esa Roma aún no helenística, puede desembocar en un interés por lo no mezclado; es fácil dar el paso de lo «originario» a lo «puro», a lo racialmente no mezclado. Y, de hecho, lo dieron incluso individuos tan moderados y tan alejados del nacionalsocialismo como Theo Herrle, que en el contexto de su apología del estudio de las lenguas clásicas alude a la «inmensa y rica materia que ofrece la Antigüedad» y ejemplifica contraponiendo «las actitudes y estados espirituales simples y sencillos de las razas puras» a «la situación anímica enmarañada y a las confusas relaciones económicas y sociales de las razas mezcladas».<sup>39</sup> Si hemos de creer a Helmut Berve, en 1943 Bruno Snell, lejos de ser un proscrito que vivía en el exilio interior, era tenido en cuenta por colegas de estricta observancia nacionalsocialista: al menos en una carta que Berve dirige a Herwig Schuchardt afirma que puede pedir referencias sobre Rudolph a «Herr Snell».<sup>40</sup> Snell, en fin, participó en la antología de Helmut Berve con un bello artículo sobre la religiosidad griega en el que no hay ninguna alusión al *Führer*, a la raza o la Alemania nacionalsocialista;<sup>41</sup> pero también el artículo de Hans Oppermann para *Das neue Bild der Antike*, como ya señalaba

---

<sup>37</sup> Ehrenberg (1935: 143-144).

<sup>38</sup> Näf (1986: 236).

<sup>39</sup> Herrle (1935: 105). Sobre la actitud de Herrle durante el nazismo, verdaderamente ejemplar, cfr. Heuss (1995: 732-734).

<sup>40</sup> Carta a Walter Herwig Schuchardt del 4 de marzo de 1943; este documento ha sido editado por Wirbelauer (2000: la carta en las pp. 115-120 y la referencia en la p. 117).

<sup>41</sup> Snell (1942).

más arriba, está libre de estas referencias, tal vez porque Oppermann, nazi convencido e incluso exaltado, consideraba que estaba escribiendo un artículo «serio».<sup>42</sup>

Volvemos, pues, a donde estábamos. Para explicar la facilidad con la que muchos estudiosos de la Antigüedad, si es que no la mayoría, aceptaron (o toleraron) las tesis (o la retórica) nacionalsocialista no faltan investigadores que señalan la continuidad entre estas tesis y un vaporoso clima intelectual que venía gestándose al menos desde comienzos de siglo.<sup>43</sup> ¿Qué es entonces, si es que hay algo, lo específica y peculiarmente nacionalsocialista? Sobre todo teniendo en cuenta que en lo concreto hay considerables diferencias entre los estudiosos nacionalsocialistas de la Antigüedad. Beat Näf lo ha señalado a propósito de estudios sobre la democracia ateniense, donde cabe encontrar desde exaltaciones de Pericles como prototipo de *Führer* nórdico hasta consideraciones sobre los peligros de la democracia (la de entonces y la de ahora) para el mantenimiento del Estado y de la raza.<sup>44</sup> La cuestión de la raza, el culto al *Führer* y la exaltación de lo heroico-militar y de lo dorio, o sea, las «líneas de investigación prioritarias» que ya señalaba más arriba, son desde luego importantes, incluso decisivas; atenerse a estos criterios presenta además la ventaja adicional de la comodidad: aplicándolos estrictamente es sencillo calificar ciertos textos de nacionalsocialistas y exonerar a otros de este calificativo. Ahora bien, tal comodidad exige pagar el precio de la simplificación abusiva. Por tal motivo tal vez deban situarse estas cuestiones en el marco de un conglomerado de convicciones más difusas que, por así decirlo, constituían una especie de patrimonio común del que participaban la mayoría de los investigadores de la Antigüedad, una especie de «metadiscurso» al que contribuyen las diferentes (y en ocasiones enfrentadas) lecturas de la Antigüedad con el objeto de interpretar y justificar la situación política y el papel que determinados productos

---

<sup>42</sup> Oppermann (1942).

<sup>43</sup> Cfr., por ejemplo, Irmscher (1965/66). Schleier (1965). Iggers (1971). Faulenbach (1980).

<sup>44</sup> Näf (1986: 109-114 y 251).

culturales satisfacen o pueden y deben satisfacer dentro de esa situación.<sup>45</sup> Cabría citar a este respecto, por ejemplo, el sentimiento de vergüenza por una Alemania humillada y la esperanza de una futura fortaleza nacional, el desprecio por la debilidad democrática y la prevención ante evoluciones sociales progresistas, la necesidad de delimitarse frente a lo extranjero y la conciencia de una superioridad cultural frente a pueblos y naciones o bien «primitivos» o bien «civilizados» pero carentes de *Bildung*, un deseo de autoridad, el miedo a la inestabilidad y el pesimismo cultural, etc.<sup>46</sup> La búsqueda de nuevas formas políticas y estatales tras la derrota en la primera Guerra Mundial, así como la crisis de los años veinte, confirió a las ciencias de la Antigüedad una dimensión existencial. Hay también, en general, un rechazo del objetivismo positivista y una valoración de la Antigüedad para la formación política del presente, se admira la unidad de pueblo, Estado y cultura y el sentido del sacrificio del individuo en beneficio de la comunidad, etc. Entonces, las cosas se complican, porque se sitúan las tesis nacionalsocialistas en el marco de una continuidad que, desde luego, mira al pasado, pero también en cierto sentido al presente y al futuro...

Por lo demás, explicar siempre es en alguna medida justificar, al menos en tanto que quien explica con cierto grado de sofisticación suele sentirse menos propenso a condenar, o bien experimenta en sí mismo una curiosa escisión: *en tanto que persona* condeno enérgicamente las investigaciones que hacen apología de la raza, del *Führer* y de lo heroico-militar y de lo dorio, por su desprecio de los datos más obvios y las fuentes más imprescindibles, pero también y sobre todo porque dan apoyo ideológico a los horrores nacionalsocialistas (y ello a pesar de que es posible que algunos autores que redactaron tales escritos apologéticos en modo alguno estuvieran de acuerdo, incluso condenaran en la intimidad de su conciencia, los campos de exterminio nacionalsocialistas); ahora bien, *en tanto que historiador* explico el desprecio de los datos más obvios y las fuentes más imprescindibles

---

<sup>45</sup> Cfr. Sluga (1989).

<sup>46</sup> Cfr. Bichler (2010: 104).

acudiendo, por ejemplo, a ese conglomerado de convicciones más difusas que mencionaba más arriba. No falta quien considera que esta forma de plantear el asunto acaba diluyendo la cuestión principal, a saber, la monstruosidad nacionalsocialista, ante la cual solo cabe decir, con un poeta, «Schwarze Milch der Frühe wir trinken sie abends», o bien guardar un horrorizado y estupefacto silencio. (Entre paréntesis: la mejor y más astuta justificación de implicación en el nacionalsocialismo que conozco es la de Speer. Parafraseo su argumento: cuando se me pide que me explique y excuse, dice, se me pide que explique y excuse lo inexplicable e inexcusable; déjenme, pues, sobrellevar en silencio mi vergüenza y mi arrepentimiento. Este alarde de sutileza se lee en sus *Memorias*, fascinante documento donde hay poco silencio y menos vergüenza.)

No debe olvidarse la necesidad de justificación a la que aludía al comenzar este estudio, ni tampoco que quien se justifica establece al mismo tiempo su propio índice de verdad sobre los hechos que han exigido tal justificación. Quien encuentra un ambiente favorable a su justificación no solo doblega a quien ha perdido esta prerrogativa, sino que impone sus condiciones. Casi es inútil repetir la formulación coloquial de este precepto: la historia es escrita por los vencedores, del mismo modo que todos, acusando, defienden su inocencia.